

LA MELODÍA DEL SILENCIO de Rodrigo Morán

La calle dormía plácidamente la siesta. Nadie hacía ruido, ni tan siquiera los pájaros parecían atreverse a dejar escapar un pequeño cantar. Desde el hospital hasta la comisaría, toda la calle permanecía en silencio.

Tiene gracia que dicha vía reciba el nombre de un escritor. ¿Será casualidad también que incluso yo mismo, un joven que no se le ha ocurrido mejor idea que ponerse a escribir este relato, haya encontrado mi inspiración en la calle de Domingo Miral?

Esto es irse mucho por las ramas, volvamos a lo que nos acontece. ¿Cómo puede ser que una calle tan céntrica de la ciudad de Zaragoza se encuentre día tras día en total hibernación? Abarca desde el mayor hospital de la ciudad hasta una de sus comisarías locales más importantes, no sin antes pasar por el campus universitario y el conservatorio municipal de música y danza; pero aun con ello, mantiene su silencio sepulcral.

Cada vez que la atravieso me conmociona: su absoluto mutismo prevalece día tras día, hora tras hora. Parece incluso, que los más ruidosos y estrepitosos vehículos cesan su actividad y entran en el más absoluto silencio al introducirse en la calle, como si de un lugar sagrado se tratara. Vaya cuando vaya, su silencio es capaz de dejarme sin aliento alguno.

Una calle perfecta, simétrica, hermosa y sugerente al mismo tiempo; desaprovechada en la zona menos transitada de la ciudad. Las rejas grises y puntiagudas a ambos lados, las esculturas que se encuentran a su alrededor, y la hierba recién cortada sufren cada día la más cruda de las realidades: el abandono y la soledad.

Ni las sirenas de las ambulancias y furgones de policía son capaces de perturbar la calma. Tampoco la voz pasada de José Palafox, cuyo antiguo cuartel puedes encontrar allí, es capaz de quebrantar mínimamente el silencio. Ni tan siquiera puedes escuchar el vaivén de las hojas caídas que yacen en la fina arena del paseo que, aunque se alcen y describan impresionantes acrobacias en el aire cada poco rato, lo hacen en el más absoluto silencio, impulsadas por ese silbido del viento que tampoco es perceptible a nuestro oído.

Ahora ya, completamente seguro me hayo de que usted, mi lector y protagonista de esta historia, se encuentra en la más absoluta calma y tranquilidad. ¿Me equivoco? Pues bien, escuche con atención: ¿Lo oye?

Es un violonchelo, proviene de allí... ¿Recuerda el conservatorio? Él es el único capaz de quebrantar el silencio y traerlo de vuelta a la realidad. Sólo las manos de una joven, inocente y concentrada en su tarea, han sido capaces de hacer retornar el sonido a la calle Domingo Miral de Zaragoza.

Ahora es su turno, pruebe. Vaya a pasear usted mismo por la zona, y descubrirá la magia de escuchar la más hermosa de las melodías sobre el silencio más absoluto: la mezcla de mil y un instrumentos ensayando al mismo tiempo para crear el más bello sonido.

La calle al fin ha despertado, y usted junto a ella. Ahora, sólo debe dejarse llevar y disfrutar.